

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

OTRO FANTASMA.

En la enorme caldera que titulan *voluntad nacional* han echado nuestros confeccionadores de reyes, á guisa de las brujas de Macbet, un nuevo ingrediente de condicion no mejor que los que allí cuecen tiempo ha revueltos para la *obra sin nombre* que se proponen darnos; y entre los coronados espectros que hacen desfilan á los ojos de la España, no menos angustiada é inquieta que aquel intruso príncipe acerca de la futura dinastía, vá á aparecer bien pronto uno, mas antipático todavía, pero por fortuna tan imposible como todos los que hasta aquí le han precedido. El nuevo ingrediente, si hubiera que reducirlo á alguno de los de la farmacopea mágica indicados en el célebre drama inglés, lo calificaria de *sangre de basilisco*; la próxima aparición de formas aun indecisas es el duque de Aosta hijo de Víctor Manuel.

Repugna el tomar por lo serio esta infeliz candidatura, porque son tales y tantas las dificultades que ha de encontrar en lo interior antes y despues de la votacion parlamentaria, y tan grandes los obstáculos con que en lo exterior vá á tropezar, empezando por los que procedan del mismo interesado, que el combatirla sería lo mismo que disparar al aire ó descargar golpes en el vacío. Ya se sabe que todo cuanto corre y se divulga acerca de la eleccion de rey y del término de la interinidad son reclamos de efecto tan calculado que

llega á ser nulo, evoluciones estratégicas para atraer ó causar celos á tal ó cual fraccion y diferir ó apresurar tal cual caída de ministro, rumores traídos á la bolsa política con el objeto de producir alza ó baja en uno ú otro papel cuotizable, coqueterías en fin de la caprichosa dama llamada *situacion*, que dándose poca prisa en procurarse un dueño, trata de alargar todo lo posible sus liviandades y desvarios. Y dado caso de ser sincera esta vez la voluntad de los gobernantes, ¿podrian saltar el círculo de hierro en que incautamente se encerraron, al proteger por bajo cuerda, para inutilizar al candidato de los unionistas, la adopcion de la ley que exige la mitad del número absoluto de diputados para que resulte nombramiento de monarca? ¿podrian lisonjearse de reunir mayoría á favor del suyo en plena reunion de la asamblea, cuando en tiempos de mayor disciplina, y contando solo con los asistentes ordinarios entre los cuales nunca faltan los ministeriales, han llevado tantas y tan significativas derrotas? ¿Renunciarian á sus fieros los republicanos, al tratarse cabalmente del hijo del ingrato y maquiavélico esplotador de Garibaldi? desistirian los viejos esparteristas de su bello ideal de enterrar con corona al anciano de Logroño, para dársela al cliente de los nuevos y odiados santones? y los montpensieristas no pudieran oponer, por primera vez con la cabeza erguida, el nombre de su patrono, manchado solo con una perfidia, que no es sino una de

tantas y no tan sacrilega como las que cubren á modo de lepra al desdichado piamontés, cuyo retoño se trata de implantarnos?

Ignoramos hasta que punto sea cierta la repugnancia del príncipe Amadeo en venir á España; pero nada tiene de exorbitante suponer en un jóven de 25 años é hijo de reyes aquel grado por lo menos de perspicacia ó de decoro, que movió á un muchacho colegial, de la rama segunda, al duque de Génova su primo, á rehusar anteriores ofertas. Su madre dió por él la negativa, por Hohenzollern la remitió su padre; no parece sino que el cargar con la diadema española es una calaverada de que solo son capaces los destituidos del apoyo y consejo de sus padres, los huérfanos ó los expósitos. Víctor Manuel es padre, y aunque de ambición desatentada y ciega, como lo prueba su torpe embestida á Roma con tanta imprevisión de los próximos resultados, sin embargo harto sabe lo que es reinar como delegado é instrumento de la revolución, para aventurar á su hijo á representar igual papel en medio de un pueblo extraño y de pasiones mas enérgicas é indomables que el suyo. Si es segura la exigencia que se le atribuye de que voten al príncipe los diputados conservadores, equivale á negar su consentimiento, porque ¿qué conservadores han de votarle, aun dando el sentido mas lato á esta palabra? Dícese que han sido previamente consultadas las potencias, y que han dado su asentimiento; mucho es de dudar: pero de seguro que cuidarán mas de obtenerlo, siquiera por lo tocante á algunas, así nuestro gobierno como el italiano, que no este para echarse sobre Roma y aquel para presentar al de Sigmaringen. Es muy natural que el rey de Prusia quiera ser enterado del asunto, cuando menos por interés ácia esa casa de Saboya, de fidelidad tan proverbial en sus alianzas desde muy antiguo cual recientemente ha acreditado, y por gratitud y aprecio á ese bravo político ó diplomático militar, el general Prim, que trata dicen (á buena hora y con buen refuerzo) de poner un dique á la prepotencia germánica ligando la abatida raza latina, en mal punto desenterrada por los etnólogos, y tan mal

traida en los periódicos como en los campos de batalla.

Víctor Manuel frente á frente con el rey Guillermo, Cadorna y Prim frente á Moltke, Visconti-Venosta y Sagasta frente á Bismark, qué bufonesco contraste para mantener en equilibrio el mediodía con el norte de Europa! Qué magnífica alianza la de la Italia una y de la España con honra para contrarrestar el irresistible empuje de los sometidos de dos imperios, de los vencedores de Sadowa y de Sedan! Qué ventajoso pacto de familia para correr las dos penínsulas una misma suerte, fortaleciéndose recíprocamente y á la vez contra la reivindicación del derecho tradicional y contra las incansables tentativas de la república mazziniana! Siquiera los otros candidatos extranjeros designados hasta aquí, ya que no nos procuren vigor ó crédito, no nos traen como este en patrimonio la debilidad, el peligro, la ignominia. Poco menos que irrealizable será por mucho tiempo la union ibérica; pero confiriendo el cetro español al rey Fernando ó á otro príncipe portugués, podría prepararse algun tanto un acontecimiento en sí plausible y de gloriosos resultados, siempre que fuese de acuerdo comun entre ambos pueblos. Subordinada al ascendiente prusiano se habria hallado España, caso de verificarse la proyectada eleccion que ha dado margen á esta guerra; pero así como así no podemos ya sustraernos á la acción del actual árbitro de Europa, quedando con los inconvenientes de la dependencia, y sin las ventajas de su protectorado como jefe de la casa de Hohenzollern. Hasta el duque de Génova, por mas que nacido de la estirpe del de Aosta, tiene sobre su primo una circunstancia, y es la de no correr por sus venas la sangre de su tio; sino la de su abuelo Carlos Alberto rey desgraciado y aun culpable, mas no repugnante como Víctor Manuel. De todas maneras, sea cual fuere el desenlace de la gran crisis europea, la mas grave y trascendental acaso de cuantas ocurrieron en este siglo, ora se trate de asegurar el orden sobre la base de la justicia, ora se desborde mas violentamente la revolución, ningun trono

mas comprometido que el del rey de Italia y el de sus hijos donde quiera reinen. Conculcador de aquella y engañador de esta, odioso á la una por lo que tiene de usurpador y á la otra por lo que tiene de soberano, de una ó de la otra ha de sufrir el castigo.

Convénzase el gobierno español de que ni aun á él le están bien ni le convienen semejantes alianzas, en obsequio de las cuales ha empezado, según se dice, por suscribir á la invasión de Roma como á un hecho consumado. No mire tanto por la inviolabilidad del despojador, llevando á los tribunales las fundadas censuras de la prensa, mientras permite lanzar libremente los mas brutales insultos á la magestad materialmente tan débil y moralmente tan augusta del despojado. No se apresure en fin, si es que lo trata de veras, á tratar con él solidaridad y en someternos á su hijo á favor del general trastorno, lisonjeándose de que en el próximo congreso de potencias ha de pasar también por consumada esta elevación, ni mas ni menos que el escamoteo de la ciudad santa. Tal vez lo que ahora le parezca consentimiento de algún gabinete, no es más que desdeñosa indiferencia del que, mirándolo por cosa de juego, sabe que á cualquier hora y cuando llegue su sazón puede volcar por tierra con el mas leve movimiento al rey y al trono y á los que lo han levantado. Pero aun cuando obtuviera franco y sincero este beneplácito, le resta que alcanzar otro todavía mas importante, el de la nación; y la nación católica por excelencia nunca aceptará por rey al hijo del excomulgado. Abatida, poco menos que muerta está; pero á tanto no llega su abyección y su marasmo. Dadle por monarca á un aventurero, mas no á la prole de un rey destronador de deudos y parientes por traición y no por armas, por derecho revolucionario y no por derecho de conquista. Dadle por monarca á un príncipe protestante, ya que á la sombra del protestante cetro de Prusia, Inglaterra y Holanda se desarrolla con mas prosperidad é independencia el catolicismo que ahora en nuestro suelo; pero apartese la prosapia del hipócrita tiranuelo del padre santo. Poned al

frente de ella, si es menester, á un caudillo declarado de la revolución, mas no á un raquíptico y vergonzante siervo de la revolución.

Pero ¿á quien decimos esto? al invisible regente, ó á su manifestación en el poder? ¿Y son por ventura Prim y Serrano los que han de darnos un rey? ¿No está encargado de darnoslo, mas adelante cuando tenga espacio, el rey Guillermo? Oh vergüenza! esta es la verdad; y oh vergüenza mayor todavía! á tal punto hemos llegado! este tiene que ser nuestro consuelo y nuestra esperanza.

J. M. Q.

LA OBRA DE LUIS XIV POR EL SUELO.

UNDECIMA CARTA DE D. VICENTE DE LA FUENTE.

Madrid 26 de octubre de 1870.

El año 1870 dejará un recuerdo penoso en los ánimos de todos los hombres de bien. Aun no se ha terminado, y quizá en los dos meses que restan tendremos que presenciar peripecias no menores que las ya vistas de cuatro meses á esta parte. Qué de acontecimientos en un trimestre! Parece que estamos bajo la presión de una horrible pesadilla.

Después de medio año de recios debates en pro y en contra de la infalibilidad pontificia, defínese esta como punto dogmático; y al momento sobreviene el silencio anhelado sobre esta materia, el silencio de la sumisión, y siguen á la sumisión el respeto, y al respeto el júbilo, siquiera este no sea cosa que se exija ni se imponga. Escasos ladridos de impíos y de malos católicos insultan por breves días á la declaración dogmática, porque en aquellos momentos solemnes un estruendo espantoso de guerra atruena las márgenes del Rin. Dos poderes tan rivales como ambiciosos, tan injustos como maquiavélicos en sus medios y en sus fines, vienen á disputarse algunos palmos de tierra, cubriéndolos de cadáveres inocentes; y los grajos de la impiedad que graznaban contra la Iglesia y contra el papa, vuelven sus atónitas miradas hácia los campos donde se revuelven millares de moribundos, que no consiguen ni una gota de agua con que mitigar su horrible y desesperada agonía. Malditos los que quieren la guerra, malditos los que la provocan! No culpo á nadie de-

terminadamente, pero acuso á todos sin excusar á nadie. Respecto de esa lucha feroz é inhumana, que Francia tenía tan bien merecida, me inspiran tanto horror el vencedor como el vencido. No seré quien escoja entre los dos, pues los dos son peores.

¿Quién hubiera podido soportar la insolente prepotencia de la Francia vencedora? ¿A quién no habían hastiado sus alardes ridículos, su charlatanería insoportable, su petulancia jactanciosa, y sus mal encubiertos proyectos de acrecentamiento y dominación? Francia engolosinada con sus adquisiciones de Saboya y Niza, y derrotada en Méjico, donde ya se vió cuan poco valia su ejército y cuan corrompido estaba por la molicie y la indisciplina, anhelaba rectificar sus fronteras y apoderarse de las márgenes del Rin, del Luxemburgo, de gran parte de Bélgica, y tal vez de las provincias Vascongadas y de Mallorca. Con nuestra patria se hubiera hecho lo que se hizo con Polonia en la alta depredación, que aun tiene manchadas de sangre las manos de Rusia, Austria y Prusia sus verdugos seculares.

A Holanda se le hubiese dado algo de Bélgica, á Inglaterra la isla de Menorca, á los Estados-Únidos la isla de Cuba; y cómplices todos en la usurpación, hubieran hallado excelente la conducta de Francia. La diplomacia nos hubiera probado que nos hacía un gran favor en aliviarnos de la pesada carga de tener marina y de atender á las colonias, y que si la corona quedaba pequeña, los reyes democráticos que habian de ceñirla acababan de dejar los andadores y la chichonera, que al fin la corona debe adaptarse á la cabeza.

La Providencia en sus altos fines nos ha librado de esta gran humillación y de que se echasen suertes sobre el manto real de los reyes católicos ya tan disminuido y tan manchado. Pues qué! el que trajo á España los Borbones, rompiendo la fé de los tratados hechos en el casamiento de su madre, y valiéndose de ruines intrigas de alcoba y de farsas de brujería para precipitar la muerte de un cuitado rey del cual se constituyó heredero, el célebre Luis XIV ¿no nos habia tomado á los españoles el Rosellon, como tomó á los alemanes la Alsacia y la Lorena? ¿Tan menguados eran los españoles despues de la batalla de Rocroy, en que pereció la flor del ejército español, no lejos de donde acaba de perecer el de Mac-Mahon y agoniza el de Bazaine, que no merecieran nuestros padres se les consultase para la elección de monarca y se oyera á las cortes? ¿No merecían siquiera por su docilidad, que al aceptar por rey á su nieto, trajera este por compensación de un trono el Rosellon perdido, por no decir ro-

bado? Y con todo eso, no se devolvió esta parte de España, y hubimos de pasar por la afrenta de que Inglaterra tuviera puesto el pié en Gibraltar como lo tiene todavía para oprobio nuestro.

Véase lo que debemos como españoles al orgulloso y libertino Luis XIV, á quien la adulación apellida *el Grande*. Reservado estaba á nuestra generación ver desaparecer por completo la obra de hipocresía, de fuerza y de intriga, levantada á tanta costa por aquel monarca. El año 1870 sobre todo marca la fecha de la ruina completa del galicanismo y de sus usurpaciones. La Bélgica y el Luxemburgo, á duras penas emancipados, iban á ser nuevamente absorvidos por la política ambiciosa de Napoleon III; Ollivier acababa de dirigir al embajador en Roma y al cardenal Antonelli notas insultantes, reproduciendo sandeces anti-católicas y galicanos errores, llegando en su nota casi á la altura política de nuestro inolvidable Martos. Y luego de pronto la Iglesia, sin hacer caso de esas impertinencias diplomáticas, define á pesar de ellos la infalibilidad pontificia, y mata el galicanismo en mal hora galvanizado. A los primeros gritos de guerra Francia abandona al papa; y el mismo día en que salen de Roma sus últimos soldados, pierde tambien su primera batalla, evacuando en una semana la Alsacia y la Lorena ganadas dos siglos antes. Ya no les quedan á sus hijos ni aun las ruinas de Strasburgo; y en Metz capitularán dentro de poco cien mil franceses, para reunirse con los cien mil que capitularon en Sedan y con los trescientos mil que capitularán en Paris, quedando en cuatro meses prisioneros medio millon de franceses. Ellos mismos dias pasados, el 13 de setiembre, quemaron intencionalmente ese palacio de Saint Cloud que vió tantos escándalos en tiempo de Luis XIV, y aun mayores en tiempo de Napoleon I; y entretanto el rey de Prusia junto á la estatua ecuestre del *gran rey* en Versalles ¡horrible sarcasmo! reparte las condecoraciones á sus tropas vencedoras.

En febrero de 1673 Luis XIV, por sí y ante sí, declaró que su derecho de regalía era imprescriptible en todas las diócesis de Francia, y exigió á los obispos que en el término de dos meses hicieran juramento de fidelidad á él y á sus regalías. Solamente los obispos de Aleth y de Pamiers se opusieron á este sultánico decreto, y fueron perseguidos por el rey y por sus respectivos metropolitanos, á pesar de las reclamaciones del papa Inocencio XI, de quien se burló Luis XIV. Llegóse hasta el punto de condenar á muerte al vicario capitular de Pamiers Don Cerles; y el parlamento de Tolosa, ya

que no pudo quemarle vivo, le quemó en estatua como hacia la inquisición de España. ¿Por qué los franceses echan en cara á los españoles las hogueras de la inquisición? El parlamento de Tolosa era una corporación judicial y política, y ese tribunal civil quemaba en efígie á una autoridad eclesiástica legítima y respetable, por defender la verdad y los derechos de la Iglesia. Esto pasaba en Francia hace 200 años, mandando Luis XIV. ¡el gran Luis XIV!

Las declaraciones del clero galicano en 1682 están ya juzgadas por la razón y por la historia; el nombre del gran Bossuet no les ha podido servir de amparo. Aquellas proposiciones no son de Bossuet, ni del episcopado francés; la historia y la crítica lo han puesto ya fuera de duda, aunque los neo-galicanos hayan tratado de oscurecerla. Luis XIV. se dejó engañar en eso, como en otras cosas, de Colbert y de sus allegados, Faure, el canceller Le Tellier y otros juristas y economistas por el estilo; que en su despotismo querían manejar la iglesia de Francia como Enrique VIII la de Inglaterra. El arzobispo de Reims, hijo del canceller, instigó en el sentido que le imponía su padre. En vano se opuso Bossuet y procuró dar largas; en medio de su gran saber le faltaba la energía del difunto obispo de Pamiers: el mismo P. La Chaise rompió algun tanto las tradiciones de la Compañía de Jesus por temor á Colbert. Este y no Bossuet es el verdadero autor de las proposiciones del clero galicano en 1682. Bossuet solo fué culpable de debilidad: aun así el fué quien se opuso á que se incluyera entre ellos la ridícula doctrina condenada por Pio II y Gulio II á la que no suscribiria. Ahora ya lo están por Pio IX en el concilio del Vaticano.

Luis XIV, no contento con introducir el cisma en Francia y burlarse de Inocencio XI, llevaba también la perturbación á Roma, y hacia que su embajador entrase en la ciudad eterna acompañado de 4,000 lacayos. Cuando el papa se opuso á que entraran en su corte 4,000 franceses armados, se le respondió con irrisión, que un embajador podia tener todos los criados que quisiera.

Este era Luis XIV: yo no le quitaré el dictado de grande, como tampoco á Napoleon, siempre que á la palabra grande se añada otro adjetivo. Cien años despues los Borbones persiguen de muerte á la Compañía de Jesus en Francia, en España y en toda Europa, y Carlos III la espulsa inicuaamente de todos sus estados, y Choiseul francmason y libertino y el solapado Floridablanca obligan á la fuerza á Clemente XIV. á proscribir aquel instituto.

En 1767 son espulsados los jesuitas de España por Carlos III: en 1868 la nieta de Carlos III es espulsada de España por los partidarios de las doctrinas de Choiseul y Floridablanca, y con ella desaparece de la escena política el nombre de Borbon, como habia desaparecido en 1830 el funesto pacto de familia que, convirtiendo á España, Francia y Nápoles en patrimonio de una raza, convertia á las personas de esos países poco menos que en cosas.

¿Tenian culpa los Borbones de ahora de los antecedentes hugonotes de su fundador Enrique IV, del orgullo y rapacidad de Luis XIV, de las orgías escandalosas de Luis XV, y de las tropelías brutales de Carlos III? Yo no entro ahora en esa cuestion. Los racionalistas dicen que no: la Escritura hace recaer en los hijos de los reyes las culpas de sus padres, y Horacio con ser un pagano dice: *Delicta majorum inmeritis laes*, *ver la obsa Romane: d'oidiansi sup' roy la solidi ob*

Esa palabra *inmeritis* me da en qué pensar en la pluma de un poeta, que aun cuando immoral, por lo comun razonaba bien y aun á veces filosofaba. ¿Volverán los Borbones? Yo no quiero adivinar: Dios se apiade de su expiación. Cualquiera sea el juicio que se forme del derecho de su sucesión al trono de España, ello es indudable que las cortes de Castilla, Aragon y Cataluña reconocieron el *ex post factum*. La victoria, *ultima ratio regum*, favoreció á Felipe V, y la prescripción mas que secular vino á dar á la dinastía de Borbon su calor jurídico y su color histórico, juntamente con una legitimidad indisputada.

Los que en el siglo pasado y en este han combatido sus inconcusos derechos en Francia y en España, los Orleans y los Bonapartes, han rodado también de sus mal fundados tronos, cayendo de una manera menos digna que los Borbones. ¿Quién comparará la caída de Carlos X en 1830 con la caída de Luis Felipe, y con la afrentosa caída de Luis Bonaparte en Sedan, que dice no haber podido hallar la muerte delante de 500 cañones prusianos? ¡La hora de los Borbones ha sonado! decía Napoleon en 1860, cuando dejaba derrumbar el trono de Nápoles, y minaba el de España con las manos de los reyes de Italia y Portugal. El desgraciado no veia que en el reloj de la Providencia estaba marcada su hora pocos minutos despues que la hora de los Borbones, como esos dos reyes zapadores no vieron que la suya seguiria en breve á la de Napoleon y de los Borbones. El rey de Portugal, aclamado por Castelar al salir del alcázar de Madrid, cuatro años ha (¡yo lo ví!), acompañado de unos

sesenta perdularios, algunos de los cuales alquilaron levita para aquella aclamación, quizá ve ya próxima la hora de su *Tecel-phares*. Si Víctor Manuel no lo ve, es porque para eso necesitaría una cosa de que carece y careció siempre, de sentido común.

Dejemos obrar á Dios: á poco que vivamos no bajaremos al sepulcro sin ver castigados duramente á los cómplices de Napoleón III, que sufre ya su castigo sin que le compadezca ningún hombre de bien. Qué Dios le dé arrepentimiento de sus faltas y de sus crímenes!

Entre tanto un anciano venerable se sienta lloroso y cautivo en un trono que nadie le puede quitar. ¿Quién arrancará de sus manos el báculo que Dios le confió? Le han quitado el cetro que no usaba, pero todavía su tiara ostenta y ostentará las tres coronas.

Ahulla por todas partes la impiedad dando gritos de júbilo, al ver que también ha destronado al rey de Roma. Oh esperad un poco! todavía es demasiado pronto. No consiste la gracia en reír, sino en reír el último! Muchos han reído, y luego han tenido que llorar á margamente.

Algunos católicos libios vacilan al ver que en pos de la declaración de la infalibilidad pontificia ha venido el cataclismo y la pérdida de la soberanía temporal, anunciada por los impíos. Mentira; los impíos no habían previsto los rápidos triunfos de Prusia; un mes antes de la caída de Napoleón la impiedad italiana la deseaba, pero no la esperaba, al menos tan grande, al menos tan pronto. Si lo hubiera previsto, no se hubiera comprometido con Napoleón á respetar á Roma. Oh y con qué lealtad púnica ha cumplido su palabra!

—Pero ¿cómo se explica que en el momento de declararse la infalibilidad pontificia como punto dogmático, quede privado el papa de su soberanía temporal? Hoy por hoy sería prematuro responder á este reparo: dentro de dos años nosotros mismos nos admiraremos de no haberlo previsto. Así sucede siempre.

¿Y qué necesidad tenemos de esas previsiones hasta que Dios quiera que veamos claro? A nosotros nos basta saber que este aparente mal ha de servir para cooperar á un bien: cuál sea éste, cuándo y cómo, no cumplé á nosotros por ahora el saberlo. Pero lo que os alcanzan nuestros ojos á ver desde ahora, es que Dios ha permitido se debilita lo eterno y lo temporal cuando acaba de robustecer lo interno y lo del orden espiritual, que el papa será papa aunque no sea rey de Roma, que su infalibilidad no depende ni dependerá de la estancia de los franceses en la ciudad eterna, que preso en Roma

ó en Valenciennes ó en Versalles será papa como Pio VI y Pio VII, que por grande que sea esta crisis ha pasado la santa sede por otras mayores, y que esta tempestad apenas merece el nombre de *chubasco* al lado de las *deshechas borrascas* que la barca de san Pedro logró superar en tiempo de san Gregorio VII y aun en siglos posteriores y más cercanos á nosotros. Mientras Napoleón I se agitaba contra las rejas de su jaula en santa Elena, Pio VII su prisionero vivía tranquilo y acatado en Roma.

¿No ha de servir la historia para nada? Un caricaturista necio representaba dos meses há al papa viendo marchar á lo lejos el ejército francés que evacuaba á Roma, y diciendo: — «Mirad, mirad por donde se va mi infalibilidad!» Esta necedad no era del caricaturista, esta necedad estaba en la mente de todos los revolucionarios, y aun de muchos que no lo parecían y que creen no serlo.

Pues bien; el papa va á ser y será infalible sin Napoleón y sin los franceses; el papa será infalible sin ser rey temporal; el papa será infalible sin tener siquiera libertad, es más, estando prisionero; el papa será infalible aunque su báculo de pastor se convierta en el bordon del peregrino, aunque tenga que salir de Roma, aunque tenga que acogerse á la mancuerna, á la sombra de un pabellon protestante.

Oh! qué vergüenza para España, si el papa por los altos juicios de Dios tuviera que refugiarse en Malta, en vez de acogerse á Mallorca, á Mallorca la predestinada para recibir á Pio IX, que no ha visto de España mas que á Mallorca, donde estuvo en 1823 cuando marchaba á América de humilde misionero!

La revolucion y la epidemia, que siempre van juntas, se oponen á ello; quiera Dios que pasen pronto una y otra para toda España, como espero en Dios que pasará pronto el cautiverio de nuestro amado y venerando padre santo, y la funesta interrupcion del concilio.

Yo de la F.

CRÓNICA

BULA DE SS. EL PAPA PIO IX
SUSPENDIENDO EL CONCILIO.

Después que por el favor de Dios nos fué dado empezar en el año próximo pasado la celebracion del concilio ecuménico del Vaticano, hemos visto que por el esfuerzo de la ciencia, la virtud y la solícitud de los padres que acudieron en grandísimo número de todas las partes del mundo, han sucedido de tal manera las cosas de esta santísima y gravísima obra, que nos daban esperanza cierta de recoger felizmente los frutos que de todo corazón deseábamos para bien

de la religion y utilidad de la Iglesia y de la sociedad humana. Y ya, en verdad, en cuatro sesiones públicas y solemnes, Nos con la aprobacion del santo concilio hemos establecido y promulgado cuatro constituciones saludables y oportunas en materia de fe; y otras cosas de fe y de disciplina eclesiástica estaban examinadas por los padres, y podian en breve ser sancionadas y promulgadas por la suprema autoridad de la Iglesia docente.

Confiábamos en que estos trabajos serian proseguidos por el comun estudio y celo del concilio, y llegarían con próspero y fácil curso al fin deseado. Pero la sacrilega invasion de esta santa ciudad, de nuestra sede y del resto de nuestro dominio temporal, por la que contra toda ley y con increíble perfidia y audacia han sido violados los derechos inconcusos de nuestro principado civil y de la sede apostólica, nos ha puesto en tales condiciones que (por permission de los inescrutables juicios de Dios) estamos absolutamente constituidos bajo el dominio y potestad del enemigo.

En tan triste estado de cosas, hallándonos impedidos por muchos modos del libre y espedito uso de nuestra suprema autoridad que se nos ha conferido divinamente, y conociendo muy bien que los mismos padres del concilio del Vaticano no podrían tener, continuando las cosas así, la libertad, tranquilidad y seguridad necesarias en esta nuestra santa ciudad para poder tratar con Nos regularmente de los asuntos de la Iglesia, y no consintiendo tampoco las necesidades de los fieles que tantos pastores se alejen de sus iglesias en las grandes calamidades de Europa, Nos viendo con gran dolor de nuestro corazon que las circunstancias hacen que no se pueda absolutamente proseguir en este tiempo el concilio del Vaticano, despues de haberlo deliberado maduramente, por voluntad propia y con apostólica autoridad, al tenor de las presentes lo suspendemos y lo declaramos suspendido hasta otro tiempo mas oportuno y cómodo que señalará esta sede apostólica, rogando á Dios, autor y vengador de su Iglesia, que aparte al fin todos los obstáculos y vuelva á su fidelísima esposa lo mas pronto que sea posible la libertad y la paz.

Puesto que cuanto mayores y mas graves peligros afligen á la Iglesia, tanto mas se debe instar dia y noche con oraciones y súplicas á Dios, padre de nuestro Señor Jesucristo, padre de la misericordia y Dios de todo consuelo, queremos y mandamos que aquellas cosas que establecimos y dispusimos en nuestras letras apostólicas del 11 de abril del año próximo pasado, en los cuales concedimos á todos los fieles indulgencia plenaria en forma de jubileo, con ocasion del concilio ecuménico, permanezcan en su vigor y firmeza según el modo y rito preseritos en las mismas letras, como si continuara la celebración del concilio.

Estas cosas establecemos, anunciamos, queremos y mandamos, no obstante cualquiera otra en contrario, declarando vano é irritó todo lo que se intente en contra, á sabiendás ó por ignorancia, por cualquiera autoridad que fuese. A ningún hombre, pues, sea lícito infringir estas páginas que contienen nuestra suspension, anuncio, voluntad, mandato y decreto, ó contradecirlas temerariamente. Y si alguno fuese osado á tentar contra ellas, sepa que incurre en la indignacion de Dios Omnipotente y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

Para que las presentes letras sean conocidas de todos aquellos á quienes interesa, queremos que ellas, ó copia suya, sean fijadas y publicadas en las puertas de la iglesia lateranense, de la basílica del príncipe de los apóstoles y de Santa Maria la Mayor de Roma, y así fijas y públicas, obliguen á todos y cada uno de aquellos á quienes conciernen, como si personal y nominalmente hubieran sido intimadas á cada uno.

Dado en Roma, junto á san Pedro, bajo el anillo del Pescador, el dia 20 de octubre del año de 1870. De nuestro pontificado año vigésimoquinto.

N. Cardenal Paracciani Clavelli.

En una carta de Roma fechada el 14 de octubre que publica *La Epoca* se lee lo siguiente:

«Dije á V. en mi anterior del 1° de este mes, que el ple-

biscito que habia de realizarse al dia siguiente era una farsa inicua preparada con anticipacion, y así efectivamente sucedió. Soldados italianos disfrazados, gentes advenedizas llegadas de todos los pueblos de Italia, hombres sacados de los establecimientos penales, individuos á quien se habia dado dinero y obsequiado con vino, empezaron el 2 á recorrer con banderas y armas las poblaciones, obligando á los ciudadanos pacíficos á ir á votar, poniéndoles un sí escrito en los sombreros y llevándolos como presos á los sitios en que se habían colocado las urnas electorales. Allí, sin identificarse las personas, votaron todos, nacionales oprimidos y forzados, y extranjeros pagados y ebrios, siendo la fuerza y la seducción los medios empleados para sacar adelante el sainete plebiscitario. En él no han tomado parte voluntariamente 5,000 romanos. Los habitantes de la ciudad se han abstenido en su inmensa mayoría de dar su asentimiento, ni aun indirecto, á ese acto irrisorio é hipócrita, en el cual no han sido actores ni 10,000 personas de Roma y sus estados.

Es singular que Víctor Manuel pretenda llamarse rey de Italia por el voto de los italianos, porque, aun dando por cierto que las votaciones de los diversos pueblos de esta península hubieran sido una verdad, lo cual nadie puede sostener sin faltar al pudor y á la conciencia, todavía así sería estravagante y vergonzoso aquel título real, puesto que los escrutinios oficiales de los votos para la anexion de los diversos estados italianos dan un resultado exiguo é insignificante en comparación del número de habitantes de esos estados. Véase la nota oficial de esas votaciones:

En Toscana, 366,571 votos afirmativos. — En Nápoles, 1 302,064. — En Sicilia, 432,059. — En las Marcas, 133,807. — En la Umbria, 97,040. — En la Emilia, 426,006. — En Venecia, 641,738. — En Roma, 133,681. — Total, 3 532,986.

Trés millones y medio de votos aparecen afirmando el deseo de pertenecer al reino de Italia en una poblacion de veinte y seis millones de habitantes, de los cuales once tienen derecho para votar. Aun contando como exactos los votos publicados oficialmente, Víctor Manuel no puede ser rey de Italia sino por la voluntad de una tercera parte de los ciudadanos italianos; y contando aquellos votos como real y efectivamente se han emitido, no pasará de medio millon los que han votado la anexion, y aun este medio millon ha obrado bajo la influencia y la fuerza de las armas extranjeras piamontesas, pues todos los plebiscitos han tenido efecto en los dias inmediatos á las insurrecciones ó á las invasiones de esos nuevos bárbaros.

Han asegurado los periódicos de Víctor Manuel que el santo padre se muestra inclinado á una conciliacion con el rey del Piamonte sobre la base de los hechos consumados, á cuyo efecto ha celebrado una consulta con varios cardenales, y designan los que se han manifestado partidarios de la inteligencia y los que han sido contrarios á ella. Estas afirmaciones son enteramente gratuitas y carecen de todo fundamento. Ni su santidad tiene idea de entenderse con los usurpadores de los estados de la Iglesia, ni en el sacro colegio hay un solo individuo que piense en transigir con ellos. Pio IX defiende con entereza sus innegables derechos y la justicia de su causa, y los eminentísimos cardenales le sostendrán y secundarán en este noble y santo propósito. Cuanto se diga en contrario es falso de toda falsedad. El papa ha expresado sus sentimientos inquebrantables en los documentos solemnes y oficiales que la prensa católica de Europa ha publicado, y nada le hará faltar á su decidida voluntad de rechazar toda proposicion que no sea la absoluta devolucion de su libertad y de su régia soberania temporal en los estados de que ha sido despojado.

El *Times* publica una carta de Roma, del marqués Patrizi, en que leemos lo siguiente:

«Como noble romano, os pido permiso para rectificar lo que se ha escrito en los periódicos ingleses relativo á la conducta de los príncipes romanos en los últimos acontecimientos.

Se ha dicho que los príncipes Borghese, Massimo, Chigi y Montefeltro se han adherido al estado de cosas actual. No hay ningún príncipe que se llame Montefeltro; en cuanto al príncipe Borghese, yo aseguro que no ha hecho nada que se

parezca á una adhesión, y que permanece fiel al pontífice; tenía tres hijos voluntarios en el ejército del papa. Los príncipes Massimo y Chigi no han dado tampoco en manera alguna su adhesión al gobierno italiano: Los príncipes que voy á nombrar han permanecido también fieles á su rey el papa: Orsini, Rospigliosi, Massimo, Darsoli, Barberini, Aldobrandini, Salviati, Tortonja, Grazioli, Mattei, Sarsina, Lancelotti, Altieri Viane, Campagnano, Faustino, Bandini (lord Kynnard), Roccagorga, Chigi, Altens (Duke of Galise), Salmona (Duke of Sora), Castelvecchio, Ruspoli, duque Massimo, marqués Patrizi, Bourbon-dil-monte, Antici, Cavaletti Teodoli, conde Macchi, Guiglielmi, Capranica, Saceripanti, Ricci, Sachetti, Malatesta, Vitelleschi, Lepri, y otros muchos cuyos nombres no recuerdo.

La carta demuestra luego que el plebiscito fué una farsa, y que la gran mayoría de los romanos no votó; 20,000 forasteros fueron á Roma, además de las tropas y votó todo el que quiso.

El papa permanece en Roma, á pesar del bombardeo, á pesar del plebiscito, á pesar de la presencia de Lamarmora, y la diplomacia admira su valor y también su habilidad; porque los diplomáticos entienden mas de lo que llaman habilidad que del valor, como si el valor apostólico no fuera siempre una habilidad.

Permaneciendo en Roma Pio IX, —y en ello convienen los diplomáticos, y están satisfechos— hace muy difícil, si no imposible, la presencia de Victor Manuel. Si éste viene se tendrá que volver. El pretendido rey de Italia está seguro de ello, como todos los que ha enviado delante de él. Por lo demás, no ocultan su turbación.

Los romanos ven que les amenazan enormes impuestos: algunos tuvieron la cobardía de aplaudir al vencedor; pero la mayor parte han permanecido fieles.

Habiendo pedido al papa el general Cadorna las llaves del palacio del Quirinal, su santidad ha contestado que el general sabia muy bien violentar las puertas y entrar sin que le fuesen abiertas.

El papa ha dado una respuesta no menos enérgica al embajador de Austria, que se excusaba por la inacción de su gobierno, diciendo que convenia dejar que la Italia se gastase. «Vuestro imperio se gastará también, dijo el papa, y ambos caerán juntos. En cuanto á mí, yo estoy en el fondo de un precipicio, pero con la ayuda de Dios saldré de él en breve.»

La mayor parte de los cardenales insisten en que Pio IX vaya á embarcarse en Civita-Vecchia y se dirija á Malta, donde la Inglaterra le ha ofrecido hospitalidad; pero los cardenales Antonelli, Berardi y Patrizzi insisten en que el papa no salga de Roma.

Es cierto que su santidad ha recibido una mensualidad de su lista civil; pero ha sido porque el general Cadorna secuestró tres millones y medio del tesoro pontificio que no hubo tiempo de encerrar en el Vaticano. De manera que ha sido á título de restitución y no reconociendo al gobierno italiano.

Hablando de la admirable salud y serenidad del papa, dice una correspondencia: «El otro día salió de sus habitaciones para dar un paseo por los jardines del Vaticano, y encontró á un personaje que se le acercó y se arrodilló. Parece que este personaje era portador de importantes noticias. Pio IX le levantó, y alejándose un poco con él hablaron durante veinte minutos. El personaje estaba un poco fatigado: yo le he visto apoyarse sobre el muro, mientras que Pio IX, de pié, derecho y firme hablaba con frecuencia, con gesto de autoridad y confianza.»

Trascurridos los veinte minutos, el papa atravesó las galerías de Rafael, donde estaban reunidos muchos hombres y mujeres de rodillas. Para cada uno tuvo una palabra de edificación y de consuelo. A un francés le dijo: «Yo bendigo á la pobre Francia, y por desdichada que sea ahora, cuento con ella. Dios la prueba, pero no la abandonará: decídselo; y si veis zuavos, que sepan que tienen aquí (señalando su corazón) un gran lugar, y que yo los bendigo. ¡Pobres hijos! ¡queridos hijos míos!»

Al llegar á un extremo de la galería vió á un hombre, de gran uniforme, con el pecho cubierto de placas de órdenes extranjeras, el cual le besó los piés y las manos, y dijo con la voz ahogada por los sollozos: «¡Yo no puedo, yo no debo hablar!» — «¡Cómo, dijo Pio IX; cómo, príncipe mio, habéis venido á consolarme, y es preciso que yo os consuele!» — «No temais; es una tormenta que pasa. Vemos por ella que Roma tenia necesidad de una corrección; y la tiene, pero será corta. Entendedlo bien, es una corrección, no un castigo. Dios corrige á los que ama, y castiga á los que se han alejado de él. Se quiere hacer creer al mundo que Roma es una ciudad de impiedad; pero el espectáculo que ahora se vé dentro de sus muros, es dado por extranjeros, por sicarios venidos de Italia y de otras partes. No temais nada, príncipe mio; no temais nada. Estos hombres están en peor situación que nosotros: se hallan al fin de su camino.»

Pio IX paseó despues por los jardines durante una hora, sin manifestar la menor fatiga.

Los católicos alemanes han enviado el siguiente mensaje al rey de Prusia:

«Justo rey: Dios, que ha dado constantemente la victoria á la espada de V. M., os ha escogido evidentemente entre todos los príncipes de este mundo, para ejercer la justicia en su nombre y someter la violencia al derecho. Por eso, en nombre de trescientos millones de nuestros correligionarios, nosotros trece millones de católicos alemanes, os imploramos: protejed la independéncia de nuestra conciencia, emperador alemán, protejed el territorio otorgado á los papas por vuestros antepasados, y entonces no serán cuarenta millones, sino trescientos millones de hombres los que os aclamarán como su señor y su libertador.»

En Berlín, que el día 13 se celebró en Colonia una gran reunion preparada por la sociedad obrera de san Pablo, en la cual se adoptó una protesta contra la invasion de Roma, y se escitará á todos los obreros católicos de Alemania á firmar una protesta análoga.

Los católicos de Breslau han protestado también.

En Fulda se ha reunido una asamblea numerosísima bajo la presidencia del barón d'Andlew. La reunion protesta enérgicamente contra la violencia de que es objeto el romano pontífice. Ha resuelto además presentar un mensaje á todos los príncipes alemanes pidiéndoles su proteccion para el padre santo, y enviar igualmente un mensaje á Pio IX para manifestarle la filial adhesión de los católicos de Alemania.

El círculo católico de Ratisbona ha decidido enviar un mensaje al rey de Baviera pidiéndole que esta nacion procure impedir, en cuanto le sea posible, los atentados contra la santa sede. Al fin del mensaje declaran que todos los católicos de Alemania cuentan firmemente con el apoyo del rey, en el cual verán una prueba de que el poderoso brazo de Prusia puede también, si es necesario, defender la iglesia católica.

Los periódicos del imperio austriaco dicen que la asamblea de los católicos reunidos en Praga, ha enviado á propuesta del conde de Thunn un mensaje al papa, protestando contra la ocupacion de Roma por las tropas piemontesas.

En Pesh que el 26 de octubre se abrirá un congreso católico en Pesh-Bade. El reverendo señor Simor príncipe primado de Hungría, arzobispo de Gran, ha dirigido un ardoroso llamamiento á los católicos húngaros para que asistan á esta religiosa asamblea.

La asamblea de católicos belgas transmitió el siguiente despacho al cardenal Antonelli: «Cuatro mil católicos reunidos en Malinas votan enérgicas protestas. Solicitan la bendición del padre santo.»

El cardenal Antonelli ha contestado recientemente en estos términos: «El padre santo, conmovido por el filial afecto de los católicos reunidos en Malinas, les dá su paternal bendición.»

PALMA.—Imprenta de Guasp.